

La percepción de lo sutil

José Gordon

Un hombre y una mujer conversan en torno a una mesa de un pequeño restaurante. Cuando ella habla, vemos el rostro de él que la observa amorosamente. Cuando él habla, los ojos de ella parecen platicar. En la película *Nos amábamos tanto*, Ettore Scola, con el privilegio que da el mundo del arte, le sube el volumen a los pensamientos, a lo que pasa cuando tenemos los labios cerrados. El cineasta nos revela las entrañas de la comunicación. Por un lado, asistimos al diálogo manifiesto de los protagonistas, apreciamos lo que dicen sus bocas; por el otro, tenemos la oportunidad de escuchar simultáneamente lo que sucede en su interior, atestiguamos lo que se dice en silencio, lo que se expresa entrelíneas.

Se podría presumir que esas voces calladas no existen. Sin embargo, todos hemos vivido momentos en que la intuición y la empatía nos permiten leer la otra mirada, asomarnos a la intimidad cifrada en un gesto que podría parecer insignificante.

El sistema nervioso humano está más dotado para apreciar lo sutil de lo que imaginamos. En este marco, la mirada artística puede ser reveladora y la frase “nos amábamos tanto” juega un papel sobre el cual vale la pena reflexionar.

La experiencia de la belleza brinda un conocimiento más refinado que contrasta con el registro superficial y burdo que nuestros sentidos perciben generalmente. Por ello se dice que el arte implica una nueva forma de ver, un proceso de atención más



Marc Chagall, *Los amantes*

enfocado que revela aspectos de la realidad menos aparentes, más silenciosos. Frente a la belleza del arte la fisiología se transforma, cambia el sabor de nuestra boca, nos quedamos sin aliento.

Algo similar parece ocurrir en la experiencia amorosa. La maquinaria de la percepción se hace más refinada y lo observado con profundidad se enriquece. Los objetos se vuelven literalmente más amables, se captan valores que por lo general no se aprecian. Junto con la expresión manifiesta se perciben mensajes que emite la otra persona en un nivel más silencioso. Deja de predominar lo superficial y aparente, y se captan las emociones y los pensamientos que, aunque no expresados, configuran el marco de la comunicación, crean el sentimiento y sabor de la comunicación. Se aprecian

movimientos sutiles, la luz de la mirada, expresiones casi imperceptibles, similares a los niveles cuánticos en donde la comunicación de las partículas elementales se da en zonas más abstractas, profundas, menos delimitadas y más correlacionadas que nos acercan a lo observado.

AMOR E INCERTIDUMBRE

De por sí el pensamiento parece tener una naturaleza ligada al nivel cuántico. El físico Niels Bohr planteaba que un pensamiento involucra cantidades de energía tan pequeñas en el cerebro, que necesariamente deben estar gobernadas por efectos cuánticos: no localización, correlación que va más allá de las largas distancias, unidad. De esta manera, lo cuántico está apreciando a lo cuántico (antes se decía algo así como un amor del Ser por el Ser). El sistema nervioso tiene la capacidad de detectar la luz y el olor en los niveles cuánticos. El ojo puede llegar a apreciar hasta dos fotones e incluso un fotón y el olfato es sensible hasta tan sólo una molécula de estimulante químico.

La apreciación de lo sutil, la ruptura de barreras, de lo que parece estar cercado por la piel, tiene que ver con eso que llamamos amor. La poeta Margarita Villaseñor me comentaba en alguna ocasión cómo es que el amor enriquece la realidad: nos hace contemplar el perfil de las cosas, crecemos en la capacidad de dar lo más refinado de nuestra atención. Cuando amamos descubrimos nuevos aspectos del objeto (sujeto) amado que pueden no ser aparentes a otros ojos. Por ello se suele decir al enamorado: “¿qué le ves?”.

¿Quién es el realmente ciego y quién es

Todos hemos vivido momentos en que la intuición y la empatía nos permiten leer la otra mitad.